

Pastoral Scout Católica. Subsidio Unidad Scout



Esperamos que, vos y tu unidad, en esta Semana Santa:

- 🕯 no "pasen" de largo esta Pascua.
- 🕯 que maduren solos y con la unidad el camino de la cruz, para celebrar juntos la conquista de la resurrección.
- 🕯 que, al igual que los caballeros, puedan crecer con cada batalla "jugada".
- 🕯 que puedan celebrar la vida junto a toda la comunidad.

Seguramente, todos los años, piensas una o varias actividades que puedan acercar a la unidad en su encuentro con Jesús para este tiempo. La propuesta es que, junto con tu equipo, adaptes este subsidio a tu unidad para que pueda servirte.

MATERIALES:

Fotocopias. (2 por scout)

CD (de música tranquila)

Arcilla. (1 paquete cada 2 scout y preferentemente alguna marca que se cocine en horno, ya que éstas son las que más tardan en secar).

Manteles de Nylon.

Una Biblia o Nuevo testamento

LUGAR:

El templo.

DESARROLLO:

Como toda actividad necesita de una motivación, no vamos a decirte como enfocarla ya que tendrá que ver con el énfasis que hayan incluido en tu ciclo de programa y con las modificaciones que creas conveniente para ésta actividad.

Una vez ubicados todos en el templo, se les entrega a cada scout una fotocopia con el texto del cuento de M. Menapace "Eligiendo cruces". Alguno de los adultos presentes (dirigentes, capellán, etc.) pueden leer el cuento, mientras los scout lo siguen en lectura silenciosa.

Después de esto se los invita a ubicarse alrededor de los manteles y se les entrega la arcilla; la consigna será que moldeen su propia cruz, pensando en aquello que la hace pesada, grande, etc.

Cuando ya estén todas las cruces hechas se les pedirá que, luego de una oración personal o comunitaria la acerquen hasta el sagrario o el altar, según sea posible. Se reflexiona sobre el Dios del perdón que, una vez más, nos convoca en una nueva pascua para que resucitemos y transformemos "la cruz" que cargamos

diariamente. No es tan pesada como aparenta, no es tan grande como se siente, no estás tan solo como parece.

El desafío es transformar esta cruz que han hecho por "algo" que otro de sus compañeros de unidad necesiten; Ej: mi cruz la transformo en un cuaderno para así poder ayudar a otro en "x" materia, mi cruz la transformo en un oído para el que este solo, etc.

Una vez que todos han transformado sus cruces y las han ofrecido una vez más, se convoca al resto para que elijan alguna "cosa" que necesiten. Afianzando así el compromiso comunitario que logra que tu cruz y mi cruz ya no sean tan pesadas. Esto, al igual que en la historia de la salvación SOLO SE LOGRA CUANDO HAY AMOR VERDADERO.

Ese es el Amor que anuncia el evangelio (alguno de los dirigentes o el capellán lee 1º Corintios 13,1-13, ese es el amor que resucita nuestros corazones; corazones que Dios conoce por que habita en ellos.

Finaliza este momento de oración y reflexión entregándoles a cada uno una carta como la que abajo se muestra.

"Aunque hablara todas las lenguas de los hombres y los ángeles, si no tengo amor, soy como un bronce que suena o una campana que retiñe. Aunque tuviera el don de profecías, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque repartiera todo lo que poseo e incluso sacrificara mi cuerpo, pero para recibir alabanzas y sin tener el amor, de nada me sirve.

Pablo es paciente y muestra comprensión. Pablo, no tiene celos, no aparenta ni se infla. Pablo no se irrita, todo lo perdona.

Pablo no actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo.

Pablo no se alegra de lo injusto, sino que goza con la verdad.

Pablo perdura a pesar de todo, lo cree todo, Pablo lo espera todo y lo soporta todo."

¡Feliz Pascua!

Comisión Pastoral Scout Católica Zona Atlántica

Eligiendo cruces

Esto también es del tiempo viejo, cuando Dios se revelaba en sueños. O al menos la gente todavía acostumbraba a soñar con Dios. Y era con Dios que nuestro caminante había estado dialogando toda aquella tarde. Tal vez sería mucho hablar de diálogo, ya que no tenía muchas ganas de escuchar sino de hablar y desahogarse.

El hombre cargaba una buena estiba de años, sin haber llegado a viejo. Sentía en sus piernas el cansancio de los caminos, luego de haber andado toda la tarde bajo la fría llovizna, con el mono al hombre y bordeando las vías del ferrocarril hacía tiempo que se había largado a linyerear, abandonando, vaya a saber por qué, su familia, su pago y sus amigos. Un poco de amargura guardaba por dentro, y la había venido rumiando despacio como para acompañar la soledad.

Finalmente llegó mojado y aterido hasta la estación del ferrocarril, solitaria a la costa de aquello que hubiera querido ser un pueblito, pero que de hecho nunca pasó de ser un conjunto de casas que actualmente se estaban despoblando. No le costó conseguir permiso para pasar la noche al reparo de uno de los grandes galpones de cinc. Allí hizo un fueguito, y en un tarro que oficiaba de ollita recalentó el estofado que le habían dado al mediodía en la estancia donde pasara la mañana. Reconfortado por dentro, preparó su cama: un trozo de plástico negro como colchón que evitaba la humedad. Encima dos o tres bolsas que llevaba en el mono, más un par de otras que encontró allí. Para taparse tenía una cobija vieja, escasa de lana y abundante en vida menuda. Como quien se espanta un peligro de enfrente, se santiguó y rezó el Bendito que le enseñara su madre.

Tal vez fuera la oración familiar la que lo hizo pensar en Dios. Y como no tenía otro a quien quejarse, se las agarró con el Todopoderosos reprochándole su mala suerte. A él tenían que tocarle todas. Pareciera que el mismo Tata Dios se las había agarrado con él, cargándole todas las cruces del mundo. Todos los demás eran felices, a pesar de no ser tan buenos y decentes como él. Tenían sus camas, su familia, su casa, sus amigos. En cambio aquí lo tenía a él, como si fuera un animal, arrinconado en un galpón, mojado por la lluvia y medio muerto de hambre y de frío. Y con estos pensamientos se quedó dormido, porque no era hombre de sufrir insomnios por incomodidades. No tenía preocupaciones que se lo quitaran. En el sueño va y se le aparece Tata Dios, que le dice:

-Vea, amigo. Yo ya estoy cansado de que los hombres se me anden quejando siempre. Parece que nadie está conforme con lo que yo le he destinado. Así que desde ahora le dejo a cada uno que elija la cruz que tendrá que llevar. Pero que después no me vengan con quejas. La que agarren tendrán que cargarla para el resto del viaje y sin protestar. Y como usted está aquí, será el primero a quien le doy la oportunidad de seleccionar la suya, vea, acabo de recorrer el mundo retirando todas las cruces de los hombres, y las he traído a este galpón grande. Levántese y elija la que le guste. Sorprendido el hombre, mira y ve que efectivamente el galpón estaba que hervía de cruces, de todos los tamaños, pesos y formas. Era una barbaridad de cruces las que allí había: de fierro, de madera, de plástico, y de cuanta material uno pudiera imaginarse.

Miró primero para el lado que quedaban las más chiquitas. Pero le dio vergüenza pedir una tan pequeña. El era un hombre sano y fuerte. No era justo siendo el primero quedarse con una tan chica. Buscó entonces entre las grandes, pero se

desanimó enseguida, porque se dio cuenta que o le daba el hombro para tanto. Fue entonces y se decidió por una tamaño medio: ni muy grande, ni tan chica.

Pero resulta que entre éstas, las había sumamente pesadas de quebracho, y otras livianitas de cartón como para que jugaran los gurises. Le dio no sé qué elegir una de juguete, y tuvo miedo de corajear una de las pesadas. Se quedó a mitad de camino, y entre las medianas de tamaño prefirió una de peso regular.

Faltaba con todo tomar aún otra decisión. Porque no todas las cruces tenían la misma terminación. Las había lisitas y parejas, como cepilladas a mano, lustrosas por el uso. Se acomodaban perfectamente al hombro y de seguro no habrían de sacar ampollas con el roce. En cambio había otras medio brutas, fabricadas a hacha y sin cuidado, llenas de rugosidades y nudos. Al menor movimiento podrían sacar heridas. Le hubiera gustado quedarse con la mejor que vio. Pero no le pareció correcto. El era hombre de Dominicos-campo, acostumbrado a llevar el mono al hombro durante horas. No era cuestión ahora de hacerse el delicado. Tata Dios lo estaba mirando, y no quería hacer mala letra delante suyo. Pero tampoco andaba con ganas de hacer bravatas y llevarse una que lo lastimara toda la vida.

Se decidió por fin y tomando de las medianas de tamaño, la que era regular de peso y de terminado, se dirigió a Tata Dios diciéndole que elegía para su vida aquella cruz.

Tata Dios lo miró a los ojos, y muy en serio le preguntó si estaba seguro de que se quedaría conforme en el futuro con la elección que estaba haciendo. Que lo pensara bien, no fuera que más adelante se arrepintiera y le viniera de nuevo con quejas.

Pero el hombre se afirmó en lo hecho y garantizó que realmente lo había pensado muy bien, y que con aquella cruz no habría problemas, que era la justa para él, y que no pensaba retirar su decisión. Tata Dios casi riéndose le dijo:

-Ven, amigo. Le voy a decir una cosa. Esa cruz que usted eligió es justamente la que ha venido llevando hasta el presente. Si se fija bien, tiene sus iniciales y señas. Yo mismo se la he sacado esta noche y no me costó mucho traerla, porque ya estaba aquí. Así que de ahora en adelante cargue su cruz y sígame, y déjese de protestas, que yo sé bien lo que hago y lo que a cada uno le conviene para llegar mejor hasta mi casa.

Y en ese momento el hombre se despertó, todo adolorido del hombro derecho por haber dormido incómodo sobre el duro piso del galpón.

A veces se me ocurre pensar que si Dios nos mostrara las cruces que llevan los demás, y nos ofreciera cambiar la nuestra, cualquiera de ellas, muy pocos aceptaríamos la oferta. Nos seguiríamos quejando lo mismo, pero nos negaríamos a cambiarla. No lo haríamos, ni dormidos.

M. Menapace publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.